

PARTE SEGUNDA  
TEMPESTADES

---

CAPÍTULO I

LA HIJA DEL PECADO

En una lluviosa noche de invierno, y en una pequeña habitación, llamada por decoro *sotabanco*, pero que más merecía el nombre de bohardilla, se hallaban dos mujeres de aspecto muy diferente, pero igualmente triste.

Muchas conjeturas podían hacerse acerca de la edad de una de ellas: á primera vista parecía una anciana; pero, mirándola con cuidado, se conocía que no había aún pasado de los límites de la edad madura, y que aquella anticipada vejez era el fruto de grandes y acerbos dolores, que, aunque soportados con resignación cristiana, habían dejado en su persona una desoladora huella.

Era una mujer de estatura mediana, lo que se

descubría, á pesar de estar sentada en una silla pequeña, por la delicadeza de sus proporciones, que debían haber sido admirablemente distinguidas, cuando aún conservaban un sello elegante en medio de la miseria que allí reinaba y que, sin duda, castigaba como un azote su existencia.

Su tez, que se conocía haber sido de un moreno suave y aterciopelado, presentaba un tinte densamente amarillo, y de ese que no engaña ni al ojo más inexperto: el sepulcro reclamaba ya á aquella víctima, tierna y resignada á juzgar por la sublime expresión de sus grandes y hermosos ojos negros, que se abrían bajo unas cejas delicadamente trazadas.

Guarnecían su frente arqueada, noble y llena de una santa pureza, dos bandas de cabellos casi del todo blancos, que ocultaban después una gorra de nevada muselina, atada bajo su barba, fina y graciosa, con dos cintas de la misma tela; un vestido negro de lana, ya claro en fuerza del uso, y un pañolón en peor estado, completaban su atavío.

Su bella boca estaba marchita por un dolor inmenso, pero mudo. Sentada en una silla de enea, de pies cortos, cosía con afán una tela muy basta y muy morena, que contrastaba con el delicado y perfecto corte de sus manos, y que debía ser equipo

para las tropas de la guarnición, labor cruelmente penosa y miserablemente pagada.

Cerca de ella, sentada en una silla igual, había una joven, pálida también, pero muy blanca, y delgada casi hasta la transparencia.

Conocíase que ésta era hija de aquélla; pero los rasgos de la belleza de la madre, ya débiles y casi borrados, resplandecían en la hija con un encanto indecible, á pesar de ser también muy triste su aspecto.

La joven aparentaba á lo sumo diez y siete años; su rostro presentaba un óvalo prolongado naturalmente, y alargado por las penalidades de la miseria y el dolor; parecía, además, que acababa de salir de una grave dolencia; en fin, en su persona y en su semblante faltaba aquella flor de la primera juventud, aquella frescura que había derecho á esperar en una niña de su edad.

Sus mejillas se conocía que habían sido redondas y sonrosadas, pero á la sazón se hallaban adelgazadas y hundidas; sus grandes ojos negros, rasgados y llenos de belleza y de expresión, eran tristes como la noche; una mata de cabellos castaños se enroscaba detrás de su cabeza con una gracia descuidada y natural.

En su boca, prolongada por la extrema delga-

dez que se advertía en ella, había un pliegue que le daba una expresión profundamente melancólica: se conocía que aquella niña había llegado á ser mujer, y mujer desdichada, antes de haber probado las dulzuras de la adolescencia; aún se adivinaba la graciosa redondez de formas, que ya, y acaso para siempre, había perdido; aún se la adivinaba jugando con un pajarillo, y se la adivinaba también ruborizándose bajo la primera mirada de amor.

Pero todo esto desaparecía bien pronto: el alma fluctuaba en una desconsoladora indecisión al ver la amarga sonrisa que de vez en cuando dejaba ver sus blancos dientecitos, y la cándida tersura de aquella frente joven: se la quería creer pura, inocente é infantil, y sólo se la creía desgraciada, horriblemente desgraciada, y agobiada tal vez por el remordimiento y la desesperación.

Vestía de luto; pero un luto dos veces triste por lo desteñido y deteriorado.

Un vestido de indiana negro, descolorido por el uso, dibujaba los contornos de su talle, llenos de esa gracia púdica de la juventud. Á causa del frío de la noche, llevaba anudado á la garganta un pequeño pañuelo de seda negro, que hacía resaltar la diáfana y encantadora blancura de su tez.

Sus párpados, guarnecidos de dobles, largas y rizadas pestañas negras, parecían agobiados por un gran peso, pues apenas los levantaba de sus manos cruzadas, que descansaban sobre sus rodillas.

Entre estas dos mujeres había una cuna muy humilde, en la que descansaba una criatura que apenas contaría un mes.

Al ver á aquella niña, cualquiera se hubiera quedado suspenso: á ninguna de las dos mujeres se le podía atribuir su propiedad.

La una era demasiado anciana para ser su madre.

La otra era demasiado joven y demasiado hermosa para tener aquella hija.

Porque la criatura era fea, desagradable y enfermiza, por lo que se podía juzgar en tan tierna edad.

El aspecto de la cuna no podía menos de alegrar la vista; el de la criatura entristecía.

Era aquélla de mimbres, pero sus ropas estaban tan blancas, tan bien planchadas y rizadas, que encantaban los ojos, como sucede siempre que se ve la pobreza unida al aseo y al primor.

La criatura no tenía el color sonrosado, casi

purpúreo, propio de su corta vida; estaba pálida, demacrada y parecía expirante; su frente, prominente á la par que estrecha, su nariz chata, sus ojos pequeños y hundidos, su boca muy grande, decían que para que aquella niña no fuese un monstruo de fealdad, era necesario que la naturaleza hiciese uno de esos milagros con que algunas veces demuestra su poder, cambiando una gran fealdad infantil por una gran belleza adolescente.

La habitación no podía ser más mísera, y el mobiliario guardaba con ella una triste armonía.

Era un aposento de bastante capacidad, pero completamente abohardillado: en la parte que el techo descendía hasta una de las dos estrechas ventanas que le daban luz, había colocados dos catres de tijera, encubiertos con buena y decente aunque modesta ropa blanca; las sábanas y almohadas eran de hilo; los cobertores, de indiana obscura con ramos sueltos azules, y estaban guarnecidos de un fleco.

Una cómoda antigua, una mesa con un tocador y dos baúles limpios y cuidados, pero de remota fecha, componían el ajuar de la habitación.

En un ángulo había un velador pequeño que sostenía un veloncillo de bronce, limpio y bri-

llante como el oro, y cuyo único mechero estaba encendido; colocado al lado suyo, había un brasero muy pequeño de azófar con la tarima pulimentada, y, calentándose al calor de la poca lumbre que había en su fondo, se hallaba un gato grueso y rubio sentado sobre sus patas traseras.

Cerca del brasero se hallaban también sentadas las dos mujeres.

Llamábase la de más edad doña Amparo; la joven, Dolores; la niña, Lágrimas, y era hija de la anterior.

Si: aquella joven tan bella y tan triste, aquella criatura, que parecía pasar apenas los límites de la infancia, era madre.

Doña Amparo cosía con afán, como ya se ha dicho más arriba, á la mísera luz del velón. Su hija, inmóvil, nada hacía. La niña dormía.

Á la espalda de las dos mujeres había una puertecilla cubierta con una cortina de indiana, que llevaba al retrete que servía de cocina.

—Hija—dijo la señora que cosía, con voz cascada y débil,—son las nueve y aún no has tomado el caldo: ya hace rato que lo puse á calentar... Voy á traerle...

—No, no, madre mía, yo iré—dijo la joven le-

vantándose con trabajo;—yo, que no hago nada, iré á buscarlo.

Dolores se levantó; pero al dar el primer paso, sintió desvanecida su cabeza, y hubiera caído, á no apoyarse en la silla en que se hallaba sentada poco antes.

—¡Pobrecita, qué débil estás!—exclamó la madre.—¡Ya se ve! no comes..., no te alimentas..., no quieres hacer un esfuerzo sobre ti misma...; y debías hacerlo..., sí, Dolores; si no por ti, al menos por esa criatura...

Una expresión de odio y de dolor se pintó en el rostro de Dolores, quien, en vez de mirar á la cuna, volvió la cabeza al lado opuesto.

—Hija, siéntate otra vez—dijo su madre,—y óyeme con atención, porque quizá son los últimos consejos que podré darte. Yo estoy tan débil..., tan achacosa..., tan quebrantada, en fin, que tal vez... muy pronto te dejaré, pobre hija mía...

—¡Oh, no, no, madre!—gritó Dolores con tan vibrante acento, que la criatura despertó y echó á llorar.—¡Dejarme usted..., morirse!... ¡Antes me lleve Dios mil veces..., antes se lleve á esta criatura!...; y se la llevará... ¿Pues qué, había de dejarme el tormento, el martirio, la vergüen-

za, y arrebatarme el consuelo, el amparo, la santa compañía de mi madre, de mi adorada madre?... ¡No, no lo hará, porque entonces dudaría de todo, en nada esperaría... y nada creería ya!...

Al acabar de hablar Dolores, su blanco y pálido rostro se cubrió con un carmín arrebatado, como señal de la vehemencia de su razonamiento, y la desventurada ocultó entre las manos el semblante, bañado en lágrimas amargas.

—Cálmate por Dios, Dolores—exclamó la anciana.—Ese modo vehemente de sentir que tienes, te asesina, hija. Si Dios me llama, ¿qué haré sino ir? Sólo le he pedido vida para ampararte en el trance fatal de tu maternidad, hija mía, y para ser yo sola la que supiera tu desgracia; tal vez tuve la impía esperanza de que la hija de tu falta no alcanzase vida, y entonces tu honra quedaba menos manchada, á lo menos á los ojos del mundo. Pero la hija del pecado vive...; ha sido justo criarla y acogerla, como hija tuya, y dos veces hija mía que es. Ahora bien, Dolores, de esta niña quiero hablarte por la primera vez...; es mi deber decirte que eres inhumana con ella, y que la aversión que le profesas es un delito á los ojos de Dios. ¡No hagas, hija mía, que lleve

conmigo, al morir, el amargo dolor de dejarla desamparada!

Reinó el silencio durante algunos instantes.

Dolores levantó la cabeza y secó sus lágrimas con una especie de fiereza.

—Madre—dijo,—yo no sé por qué, pero no puedo menos de detestar á esta criatura; lo siento, y, sin embargo, me es imposible dominar la profunda aversión que me inspira... ¡Su vista me recuerda mi falta..., aquella falta que costó la vida de mi noble y querido padre..., de aquel padre por el que yo hubiera dado la esperanza de ser madre...; aquella falta, que también la lleva á usted al sepulcro!

Las lágrimas de la joven volvieron á correr de nuevo.

—Y bien, hija mía—repuso doña Amparo:—esta pobre niña no ha pedido venir al mundo.

—¡Yo tampoco la he llamado á él, ni la esperaba! No fuí ni aun seducida, madre mía: todo se lo he confesado á usted como si me hallara á la hora de mi muerte... Su infame padre me engañó del modo más inaudito... ¡Oh, mi pérdida inocencia, ya no volverás á coronar jamás mi frente con tus aromadas flores...; jamás, jamás!

Los sollozos ahogaron por tercera vez la voz

de Dolores: conocíase que su corazón se destrozaba. Su madre, con la niña en los brazos, pues habíala sacado de la cuna, se acercó á ella y la tomó dulcemente de la mano.

—Valor, hija mía—le dijo:—tu falta no es irreparable... Oye...: tal vez hallarás un hombre de honor que te dé su mano, si tú obras como cristiana y mujer honrada. Dolores, una falta no es un delito... Cría á tu hija..., acéptala como á tu expiación, y como á una expiación bendicela y da por ella gracias á Dios. El nacimiento de esta criatura ha sido la causa de todas nuestras penas, de todas nuestras desgracias, y ya ves que yo la quiero con ternura.

—Es que usted, madre mía, es una santa.

—No, hija mía: soy una pecadora—dijo con tristeza la viuda de Herrera;—mucho he faltado, y una gran parte de tu desgracia pesa sobre mi conciencia: he sido siempre demasiado severa para ti, y no te inspiré esa consoladora confianza que toda madre debe conquistar en su hija; pero tu padre era para ti condescendiente con exceso, y yo pensaba que debía poner un remedio á este mal.

La puerta, al abrirse, interrumpió á la pobre madre, que volvió á sentarse sin dejar á la niña de los brazos.

## CAPITULO II

### MARTIRIO SILENCIOSO

Otras dos mujeres entraron en aquella mísera habitación.

Era la una Elena, la antigua vecina de la familia de Herrera, la esposa del pintor y madre de Modesta, y la otra Vicenta, la hija del zapatero del portal de la calle del Noviciado.

La primera traía en la mano un paquetito liado en papel de seda. La otra una pequeña cesta con tapas, colgada de su brazo derecho.

Elena había variado poco: su talle principiaba á ser ligeramente obeso; su fisonomía conservaba la expresión tranquila que comunica una existencia plácida y feliz.

En cuanto á Vicenta, era la misma mujer delgada, algo severa en medio de la plácida dulzura de su semblante, y naturalmente distinguida.

Se había casado, por fin, con el ayuda de cámara del Conde de Elvén, cuando éste se casó con Rita Ponce, la prima de Luciano.

Con los ahorros de Casimiro, habían puesto una excelente tienda de comestibles, que cuidaban los dos esposos, haciéndola producir. El tío Vicente no había querido dejar su oficio de remendón, aunque vivía con sus hijos cuidado como un príncipe; retirado en su cuartito, cumplía con sus parroquianos, y cada tarde salía á llevar su obra.

—Padre, ¿por qué se empeña usted en trabajar? —le preguntaba Vicenta; —¿acaso le falta algo?

—Me faltaría la ocupación—respondía el tío Vicente;—es decir, me faltaría lo que más me gusta.

—Váyase usted á paseo.

—Prefiero trabajar: toda mi vida lo he hecho, y es como estoy mejor.

Después de los primeros saludos,

—Querida Dolores—dijo la madre de Modesta: —aquí te traigo dos pañuelos para que los bordes cuando puedas; no digo ahora que aún no estás restablecida; no corren prisa, y esperarán á que los puedas hacer; el importe lo han traído adelantado: tómalo.

Y Elena presentó algunas monedas á la joven, que ya iba á tomarlas.

Vicenta, que había entrado con su cesta en la reducida cocina, volvió á salir trayendo puesta en

un plato la taza de caldo que estaba á calentar.

—Aquí está esto, que presumo será para la señorita—dijo presentándosela á Dolores.—Pero, ¡Dios mío!—exclamó:—¡qué pálida está usted! ¿Qué siente?

—Está muy débil—respondió doña Amparo;—no se repone nada, y por lo mismo, querida amiga—prosiguió, volviéndose á la esposa del pintor, —no podrá bordar esos pañuelos acaso en largo tiempo. Bueno es que usted los vuelva á recoger.

Dolores, que estaba tomando las monedas, las dejó caer en la mano de Elena, y alzó al cielo una mirada de desesperación.

Pero advirtiendo que su madre la miraba, moderó la expresión de su fisonomía, tomó el caldo que le presentaba Vicenta, y lo sorbió con esfuerzo.

—Conozco, señora—dijo después,—el interés que usted se toma por aliviar nuestra mísera posición; pero, ya lo ve usted, mi madre se opone á ello.

—No, no soy yo—observó doña Amparo:—es que estás aún muy delicada para empeñarte en esas tareas.

—Yo me voy—dijo Vicenta:—ya sé que están ustedes, si no buenas, para ir pasando, y tengo

que volverme, porque me esperan para cenar mi padre y Casimiro.

—Y porque ya nos ha dejado usted en la cocina las provisiones para mañana—repuso Dolores con una sonrisa muy triste.—¿Por qué nos obliga á aceptar lo que no podemos pagarle?

—¡Bah!—dijo Vicenta, que se puso muy colorada:—¿qué vale eso? Un poco de arroz para que prueben el nuevo que ha llegado...; nada...: vergüenza es nombrarlo... Hasta mañana, señora; hasta mañana, señorita: que la noche sea buena.

La madre y la hija quedaron solas con la esposa del pintor.

Doña Amparo colocó de nuevo en la cuna á la raquítica criatura, á la que tan bien cuadraba el triste nombre de Lágrimas. La niña dormía profundamente.

—Vamos á hablar claro, amigas mías—dijo Elena, tomando, con el ademán afectuoso que le era natural, las manos de doña Amparo y de su hija:—yo he probado por todos los medios que han estado á mi pobre alcance, á hacer aceptar á ustedes algún socorro, y de ningún modo lo puedo conseguir; al mismo tiempo me parte el corazón el ver que desde la muerte de la pobre Simplicia (que esté en gloria) nadie cuida de ustedes: tú,

Dolores, has pasado los últimos meses de tu embarazo de un modo que no sé cómo saliste con bien de tu trabajo.

—¡Ojalá que hubiera muerto en éll—murmuró la joven sombríamente.

—Eso, hija mía, no es hablar como cristiana—repuso Elena.

—Jesucristo ha dicho: *El que quiera entrar en el reino de mi Padre, tome su cruz y sígame*—observó suave y tristemente la viuda de Herrera.—Tu cruz es pesada, hija mía; pero Dios te la ha dado: adoremos su santa voluntad.

—Pues bien, amiga mía—prosiguió la madre de Modesta, dirigiéndose á doña Amparo:—yo he venido hoy aquí con la intención decidida de hablar á usted con franqueza: háganos usted el favor á mi esposo y á mí de aceptar una corta cantidad mensual, que les ayude á ir pasando hasta que hayan desaparecido todas sus deudas..., deudas que nada tienen de vergonzosas, pues han sido ocasionadas por la larga enfermedad del señor Herrera, por la de usted y por el alumbramiento de Dolores.

—Gracias, querida Elena—respondió doña Amparo:—estimo en todo su valor la caritativa intención de usted y de su marido; pero ustedes

necesitan lo que poseen: sus haberes son modestos, y tienen tres hijos.

—Nos reduciremos un poco más.

—Le repito á usted mi gratitud.

—Pero, señora, ustedes dos se hallan en muy mal estado de salud—dijo tristemente Elena;—usted, sobre todo... Me temo una desgracia...

—Dios me llamará á Sí sin que tenga una larga dolencia que aumente los sufrimientos de mi pobre hija...; así lo espero de su bondad.

—Señora—dijo Elena entre triste y ofendida:—yo creí que usted, tan buena cristiana, no rehusaría como una limosna lo que es el don de la verdadera amistad.

—Se equivoca usted—respondió la viuda con dolorosa dignidad:—lo que usted quiere darnos es una limosna.

—¡Señora!—exclamó Elena, ofendida del todo.

—Lo repito: es una limosna, porque usted nos desprecia.

—¡Yo!

—Sí, usted y su esposo; y si no, ¿por qué no quiere usted traer nunca consigo á su hija?

—Es una joven soltera...

—¡Y podría mancharse con el contacto de la mía, que, soltera también, lleva en la frente una

mancha vergonzosa! Yo comprendo eso muy bien, querida Elena, y no me quejo: en el lugar de usted haría lo mismo. Pero permítame usted que rehuse sus socorros, que, por más generosos que sean, no van envueltos en la estimación: los considero como una limosna y no me es dado admitirlos.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Y no poder hacer nada por ellas!—exclamó la esposa del artista alzando al cielo sus ojos bañados en lágrimas.

—Espero que Dios no nos abandonará—repuso la viuda.

—¡Dios nos ha olvidado ya!—añadió sordamente Dolores.—¡Oh!; si muriendo yo ahora mismo supiera que ese hombre iba á ser infeliz, ¡con qué placer exhalaría el último suspiro! ¡Pero no: ésta es la justicia de la tierra! ¡él es dichoso después de causar la muerte de mis padres, y yo, perdida por el miserable, seré siempre la más infeliz de todas las criaturas!

Un agudo grito de la viuda de Herrera se confundió con las palabras de su hija: la desgraciada señora, atacada tiempo hacía de un aneurisma agudo que había llegado á su último período, no había podido resistir al exceso de su dolor al oír á su hija descubrir la herida mortal que llevaba en el alma.

Tiempo hacía que aquella débil existencia se sostenía sólo por el esfuerzo enérgico de su voluntad: había rogado á Dios que le concediese fuerzas únicamente hasta el nacimiento del fruto de la deshonra de su hija, porque ésta, cuyo carácter violento, comprimido en su infancia por la severidad de su madre, había estallado de repente, dió á conocer, durante su embarazo, el odio profundo con que esperaba á aquella criatura.

Doña Amparo pidió, pues, al cielo, con toda la vehemencia de su natural y tierna devoción, la vida necesaria hasta que Dolores fuese madre; idólatra de sus hijos, sabía hasta qué extremo puede influir en una mujer la vista del fruto de sus entrañas, y se dijo que la ternura penetraría en el corazón de Dolores, endurecido por el dolor, así que depositase el primer beso en la frente de su recién nacido.

—Entonces—se dijo—podré morir tranquila, porque mi pobre hija no sólo aceptará, sino que amará su cruz, y esa infeliz criatura ya no correrá ningún peligro.

Pero, ¡ay!, la desgracia guardaba sus más crueles é ingeniosos refinamientos para la viuda de Herrera.

En vez de ser su nieto una criatura hermosa,

un varón del que Dolores hubiera debido esperar un día apoyo y consuelo, dió ésta á luz una criatura fea, enfermiza, antipática, y que prometía arrastrar una vida agonizante y angustiosa.

Al verla, Dolores no sintió hacia ella más que un profundo disgusto mezclado con el horror que inspira el aspecto de un instrumento de tortura.

La viuda de Herrera puso á aquella niña desgraciada al amparo de la Virgen de las Lágrimas; ella misma la tuvo en la pila bautismal, dejando á Simplicia al cuidado de Dolores.

Pero como si el nacimiento de aquella niña fuese la señal de mayores contrariedades, dos días después de haber venido ella al mundo, la pobre y leal Simplicia fué atacada de una pulmonía fulminante, que le arrebató la vida en pocas horas, quedando las dos infelices mujeres privadas de la compañía y de los servicios de aquella fiel y cariñosa mujer.

El carácter de doña Amparo había sufrido una prodigiosa transformación; transformación que se obra siempre en las almas de su temple cuando las desgracias las acosan, y que ella misma había anunciado en tiempos mejores á su esposo.

Cuando el señor Herrera se doblegaba á todos

los gustos, á todas las pequeñas tiranías de Dolores, su esposa le decía:

—No eres tú quien, á pesar de tu debilidad para con ella, la quieres mejor: si la desgracia la aflige algún día, si fuese criminal, en ti hallaría su juez; en mí su consuelo.

Y así se verificó. Don Pedro, como todos los caracteres débiles, fué duro en su enojo, y sucumbió al peso de su dolor. Doña Amparo fué el solo, verdadero y santo *amparo* de su hija, como lo había sido de muchos é ignorados dolores en el tiempo en que era dichosa.

Para consolar á aquella hija, á la que, á pesar de su aparente severidad, había idolatrado siempre, su carácter se transformó del modo más completo y más heroico: toda su dureza pasada se volvió suavidad; todo su descontento habitual se trocó en indulgencia; toda su severidad en consuelos.

Hizo de sí misma el sacrificio más completo para dedicarse á aliviar aquel gran infortunio; pero en su alma se anidaba un dolor tan inmenso, que toda la dulzura de su cristiana piedad no alcanzaba á suavizar; el tierno y cariñoso compañero de su vida, aquel con quien hubiera deseado vivir y morir, había ya dejado el mundo; su alma volaba hacia él, su cuerpo dolorido se inclinaba hacia el

sepulcro en busca de la paz y del sosiego; y aunque deseaba permanecer al lado de su hija, veía con secreto consuelo que pronto se iban á desatar los lazos de su vida.

Sin embargo, aquellas violentas alternativas morales de dolor y de esperanza, aquel apego á la vida por su hija, y aquellas aspiraciones á la muerte y al cielo, donde ya descansaba su esposo; el terrible martirio que le imponía la certidumbre de dejar sola y abandonada á Dolores, la pena acerba que le ocasionaba el ver el desvío y la mortal aversión que la desgraciada joven sentía hacia su hija, esta perpetua batalla minó de tal suerte la delicada constitución de la noble señora, que desarrolló en ella un aneurisma agudo, y que no hubiera dejado á la ciencia esperanza alguna, si la ciencia hubiera intervenido en aquella dolencia que ella ocultó hasta á los ojos de su hija con el más delicado y exquisito esmero.

Pero la Providencia había ya marcado el término de su carrera. Dolores, que sólo veía á su madre algo achacosa en un principio, advirtió con espanto, desde algunos días antes, que decaía con una rapidez horrible. Al oírla quejarse con tanta amargura de su suerte y deplorar la desigualdad espantosa de su destino con el de su seductor, la

desventurada madre cayó exánime, y la terrible impresión que le produjeron las quejas de su hija fué la última que debía sentir.

La esposa del pintor ayudó á la débil y quebrantada Dolores á colocar en el lecho á la anciana; después la misma Elena salió para buscar á su médico, sin que la enferma hubiese abierto los ojos ni recobrado los sentidos.

Dolores, pálida é inmóvil, se hallaba al lado del lecho contemplando á su madre con una mirada sombría.

Poco tardó en llegar el facultativo, acompañado de la señora de Benavides, y examinó á la enferma en tanto que Dolores fijaba en él sus ojos con un ansia indescriptible.

—¿Hay esperanzas, señor Doctor?—preguntó Elena.

—Ninguna, señora—respondió el facultativo:—es caso desesperado. Hace largo tiempo que esta pobre mártir vive muriendo. El mal ha hecho rápidos é incurables progresos, porque se halla apoyado en la parte moral. La muerte tardará poco en llegar, y será casi instantánea.

—Voy, pues, á que manden llamar á un sacerdote—repuso Elena, que no podía reprimir las lágrimas.

Sentóse Dolores cerca del lecho, y se preparó á ver morir á su madre con una calma terrible.

Cuando llegó el Sacerdote con los Santos Sacramentos, no hizo movimiento alguno.

Doña Amparo se confesó con sumo trabajo; pero lo había hecho en la parroquia dos días antes, y su alma, por otra parte, conservaba toda la pureza y piedad de una santa: recibió la Extremaunción, y cayó sobre las almohadas sin color y sin voz.

Pocos instantes después, entreabrió los ojos y llevó la mano al corazón como si sintiese una angustia desgarradora; un estertor doloroso levantó su pecho; en su ansiedad se incorporó, extendió los brazos á su hija, luego á la cuna de su nieta, quiso hablar, y sólo lanzó dos gemidos inarticulados.

Después se desplomó en el lecho dando un profundo suspiro.

Era el último.

Elena rompió en sollozos. Dolores no derramó una lágrima; pero al enviar la aurora su primera luz, aún permanecía con los ojos secos fijos con una desoladora expresión, en el cadáver de su madre, mártir silenciosa é ignorada, pero heroica.